

CHILE - EL ARRAIGO DE LA DEMOCRACIA EN LA VIDA COTIDIANA

Norbert Lechner
2002

Chile ha tenido un desarrollo muy exitoso en los pasados doce años. Restableció la institucionalidad democrática y logró el mayor crecimiento económico de su historia. Y la mayoría de los chilenos parece satisfecho con el funcionamiento de la democracia y con la situación económica (Latinobarómetro 2002). ¿Por qué entonces la democracia – representación de la voluntad ciudadana – despierta una adhesión limitada? Sólo la mitad de las personas entrevistadas opina que el régimen democrático es preferible a cualquier otro. Y - apenas doce años después de la dictadura - a un tercio de ellas le da lo mismo el régimen político del país.

Cuadro 1

Chile, adhesión al régimen democrático

	1995	1996	1997	1998	2000	2001	2002
Democracia preferible	52	54	61	53	57	45	50
Gobierno autoritario en determinadas circunstancias	19	19	16	16	19	19	14
Da lo mismo	-	23	20	29	22	28	30

Fuente: Latinobarómetro 2002

A continuación exploro las eventuales razones que motivan la indiferencia respecto a la democracia. Una razón relevante sería la tendencia de los ciudadanos de trasladar su descontento con la situación económica y la insatisfacción con el desempeño gubernamental a su valoración de la democracia. Parece que muchos ciudadanos le otorgan una importancia mayor a la solución de sus problemas que a la continuidad del régimen democrático. Ahora bien, los chilenos tienden a estar más bien satisfechos con el desempeño tanto de los gobiernos democráticos como de la economía. En este contexto llama la atención que un tercio de las personas se manifieste indiferente respecto a la democracia. Me parece que la indiferencia no responde sólo a la situación económica de esas personas. Entre otras razones, ella podría estar motivada por la distancia existente entre la experiencia cotidiana de la gente y la democracia. Sostengo la hipótesis que esa brecha sería el producto de los cambios culturales de nuestra época. Me refiero a los cambios rápidos y profundos en las maneras prácticas de “vivir juntos” sin que, al mismo tiempo, las personas hubieran reformulado las representaciones colectivas que se hacen de la sociedad.

Propongo pues indagar las eventuales relaciones que puedan existir entre la transformación de la convivencia cotidiana y la democracia. Voy a referirme exclusivamente a Chile, apoyándome en los resultados de una encuesta nacional realizada (mayo-junio 2001) en el marco del *Informe de Desarrollo Humano 2002 (PNUD*

2002)¹. Recuerdo las advertencias sabidas sobre el análisis de encuestas, por sobre todo cuando no se trata de series temporales. No obstante, presento un conjunto de cuadros con el fin de ilustrar mi argumentación.

1. ¿Qué motiva la indiferencia política?

Existe una correlación positiva entre la adhesión al régimen democrático y el grupo socioeconómico del entrevistado. El dato ratifica el argumento que hace hincapié en la situación económica. Dicho en términos generales, la democracia en América Latina parece enfrentar una situación paradójica. En muchas ocasiones los ciudadanos adoptan posturas contradictorias. Por un lado, suelen reconocer que en importantes aspectos de su vida diaria la economía tiene mayor influencia que la política. Por el otro, sin embargo, tienden a identificar la democracia con la justicia social y, en consecuencia, la responsabilizan de las deficiencias que revela la situación socioeconómica. Es decir, se suele atribuir a la democracia la responsabilidad por unas condiciones sociales sobre las cuales ella tiene una incidencia restringida.

Cuadro 2

Adhesión al régimen democrático, según estrato social

	Medio alto	Medio medio	Medio bajo	Bajo	Total
Democracia preferible	63	53	45	40	45
Gobierno autoritario	20	25	19	16	19
Indiferencia	12	17	32	39	32
NS / NR	5	5	4	5	4
Total	100	100	100	100	100

El nivel socioeconómico de los entrevistados es, en el caso de la sociedad chilena, una variable importante. Y, sin embargo, no brinda una explicación satisfactoria. Es cierto que Chile conoce una desaceleración de su economía en la actualidad. Pero exhibe un crecimiento sostenido durante los pasados lustros. Es cierto que la desigualdad social disminuyó poco durante los años de democracia. Pero aumentó el bienestar de todos los chilenos. Considerando este contexto, resulta llamativo que la mitad de los entrevistados se declare “perdedor” respecto al sistema económico.

Cuadro 3

Auto-percepción frente al desarrollo económico, según adhesión democrática

	Democracia preferible	Gobierno autoritario	Indiferencia	Total
Ganador	44	32	35	38
Perdedor	46	61	57	52
NS/NR	10	7	8	10
Total	100	100	100	100

¹ PNUD (2002): Informe sobre Desarrollo Humano en Chile, “Nosotros los chilenos: un desafío cultural”.

Pero, ¿qué significa “perdedor”? Es difícil circunscribir los múltiples motivos que conducen a tal percepción de si mismo. Podemos constatar empero, que la auto-imagen tiene que ver con el grupo socio-económico al cual pertenece el entrevistado.

Cuadro 4

Auto-imagen respecto al sistema económico, según estrato social

Pensando en el desarrollo económico del Chile actual ¿Ud. se siente?

	Medio alto	Medio medio	Medio bajo	Bajo	Total
Ganador	54	43	38	34	38
Perdedor	29	40	53	59	52
NS / NR	17	17	9	7	10
Total	100	100	100	100	100

Sostengo que la imagen que tiene una persona de si misma como “ganador” o “perdedor” refleja algo más que su situación económica. No parece tratarse de un simple cálculo costo-beneficio respecto al proceso económico. En realidad, la mayoría de las personas encuestadas afirma que se encuentra en una mejor situación económica que sus padres y espera que ella mejorará en el futuro. Habría pues un reconocimiento del desarrollo económico de los últimos años. La percepción de si mismo como “perdedor” obedece de seguro a una constelación de múltiples motivos: experiencias y expectativas, frustraciones y anhelos. Pues bien, otro dato llamativo concierne los sentimientos negativos que provoca el sistema económico. A pesar del notable crecimiento económico, la mitad de los entrevistados exhibe sentimientos de inseguridad. Si agregamos a quienes sienten enojo o pérdida, el 74% de los entrevistados compartiría sentimientos adversos al llamado “modelo económico”. En breve, existiría una verdadera desvinculación emocional.

Cuadro 5

Emociones frente al sistema económico chileno, según estrato social

	Emociones frente al sistema económico chileno		Total
	Negativas	Positivas	
Medio alto	6	6	6
Medio medio	16	18	17
Medio bajo	31	34	31
Bajo	47	42	46
Total	100	100	100

No puedo precisar el significado de esta desafección, ni las razones de su magnitud. Pero subrayo lo débil que es la correlación con el estrato socioeconómico. Parece que las emociones de la gente respecto al proceso económico no estarían determinadas por su grupo social. La amplitud de los sentimientos negativos hace pensar que podría existir una especie de desafección que va más allá de la economía. Nótese, en efecto, que la mayoría de las personas cree que, frente a los cambios que ha tenido Chile,

es “más lo que hemos perdido” que lo que hemos ganado. Y a una percepción más aguda de pérdida corresponde una mayor indiferencia respecto a la democracia.

Cuadro 6

Balance general de los cambios en Chile, según adhesión democrática

Con los cambios en Chile	Democracia preferible	Gobierno autoritario	Indiferencia	Total
Es más lo ganado	46	32	27	36
Es más lo perdido	49	64	70	59
NS/NR	5	4	3	5
Total	100	100	100	100

Tengo la impresión que la noción de perdedor/pérdida invoca una experiencia vital de gran relevancia y un fuerte impacto sobre las percepciones y preferencias políticas. Sin embargo, los datos disponibles no permiten aproximarse más a sus significaciones.

2. La insignificancia de los cambios

Otra fuente de descontento con la democracia radica en el desempeño del mismo sistema político. Aparte de la mala gestión económica, las dinámicas auto-referenciales de las instituciones democráticas (en particular, de los partidos políticos) y los escándalos de corrupción de algunos políticos pueden generar un hastío e, incluso, un rechazo generalizado de la política. Esa profunda y legítima insatisfacción con el funcionamiento de la democracia no implica necesariamente una desafección respecto al régimen democrático. Por el contrario, el caso de Argentina indica que, en plena crisis, la adhesión a la democracia puede crecer. En Chile, el desempeño de la institucionalidad democrática (si exceptuamos los enclaves autoritarios de la Constitución) ha sido bueno. De hecho, la satisfacción mayoritaria con la marcha de la democracia se habría mantenido constante. Por lo mismo, el caso chileno resulta interesante. Una transición democrática exitosa puede ir de la mano con una débil adhesión al régimen democrático. No sólo razones económicas y políticas, también razones culturales pueden motivar un nivel importante de indiferencia.

Un dato significativo del Informe del PNUD revela la gran distancia que guardan los entrevistados en relación a los cambios en marcha. Dichos cambios incluyen, como dije, el restablecimiento de la democracia y el incremento sostenido del nivel de vida de todos los chilenos. Aun así, sólo 14% de los encuestados opina que “los cambios tienen una dirección clara y se sabe dónde van”. En cambio, ocho de cada diez personas manifiesta una opinión adversa. Un tercio de los entrevistados afirma que son “cambios sin brújula y no tienen un destino claro”. Y nada menos que la mitad de los entrevistados afirma que “a pesar de todos los cambios, las cosas siguen siendo iguales”. ¿Cómo entender esa visión tan negativa de los cambios de la sociedad chilena?

Cuadro 7

Evaluación de los cambios, según nivel social

Si Ud. mira todos estos cambios en el país, Ud. diría que estos cambios...

	Medio alto	Medio medio	Medio bajo	Bajo	Total
Tienen una dirección clara	19	19	12	12	14
Son cambios sin brújula	41	35	34	33	34
A pesar de cambios cosas iguales	38	42	52	53	50
NS / NR	2	4	2	2	2
Total	100	100	100	100	100

La evaluación varía según el nivel socioeconómico del entrevistado. Los estratos altos tienden a visualizar con algo más de claridad a dónde nos llevan los cambios sociales. Véase empero, los muchos integrantes de este grupo que estiman que los cambios en curso carecen de brújula. En el otro extremo, los grupos bajos suelen hacer hincapié en la continuidad. Ahora bien, vuelvo sobre la hipótesis que los individuos no miran los cambios sólo desde el punto de vista de su posición social. De ser así, ¿qué experiencias subyacen a estas respuestas?

Por un lado, quienes destacan la falta de brújula, estarían expresando una falta de perspectiva. No visualizan una meta que se pretenda alcanzar. El proceso de “transición” no habría generado una visión de futuro ni, por ende, un horizonte de sentido que permita a esa gente reconocerse en un proyecto. Tal vez “los cambios no tienen destino” signifique que la marcha del país carezca de significación para estas personas. A tal sinsentido parecen aludir también aquellos que, por otro lado, sostienen que “las cosas siguen igual”. Reconocen la existencia de cambios, pero los encuentran irrelevantes. No obstante todos los cambios “objetivos”, ellos no habrían sido significativos en su vida cotidiana. Incluso el retorno a la democracia y el mayor bienestar material parecerían insignificantes. ¿Insignificante desde cuál punto de vista? Como vimos, en el caso de las personas de estrato bajo, la mirada parece estar condicionada por motivos económicos. No obstante, presumo que existen otras razones. A mi entender, los cambios serían considerados insignificantes en relación a la experiencia subjetiva de la gente. Las “cosas siguen siendo iguales” sería una manera de decir que no ha cambiado su manera de vivir y respirar.

¿Qué les hace pensar a estos individuos que su vida personal no habría cambiado? Ellos parecen realizar un contraste tácito entre los cambios “afuera” y los cambios “adentro”, en la vivencia personal. Perciben que “afuera” ocurren profundas transformaciones que alteran todas las relaciones que les eran familiares. Y, al mismo tiempo, perciben las dificultades que encuentran “adentro” (en si mismo) para nombrar e interpretar lo que les está pasando. Viven los cambios, pero no logran encontrarles un sentido: ¿para qué todo esto? Carentes de significación, los cambios se vuelven contingentes – todo podría ser diferente. Ello genera sentimientos de desamparo, abandono e impotencia.

Cuadro 8

Auto-determinación individual, según evaluación de cambios

El rumbo de su vida es resultado de	C a m b i o s			Total
	Tienen dirección	No tienen dirección	Cosas iguales	
Decisiones personales	54	42	41	44
Circunstancias que le ha tocado vivir	46	56	58	55
NS/NR	0	2	1	1
Total	100	100	100	100

El cuadro 8 indica una tendencia importante. Aquellas personas que sienten que el rumbo de su vida escapa a su control estarían más inclinadas a restarle sentido a los cambios. Podría formularse así: si los cambios en mi vida no dependen de mi, ¿qué sentido tienen? Por supuesto, cambian las circunstancias externas en que me toca vivir, pero ello no significa que mi vida dependa ahora de mis decisiones personales. A la luz de esta experiencia subjetiva, las cosas siguen igual. Para estos individuos, los cambios actuales no les sirvieron para cambiar su vida. Habría una subjetividad denegada; siguen sin poder decidir por su propia cuenta la vida que quieren llevar. A la inversa, aquellos individuos que sienten haber elegido libremente su camino tienden a proyectar esa vivencia sobre los cambios sociales. Son lo que son como resultado de sus propias decisiones. Hay una experiencia de “ser sujeto” que gobierna su destino. Visto sobre este trasfondo personal, los cambios tendrían una dirección y un sentido claros.

¿Qué relaciones se dan entre la evaluación de los cambios y la identificación democrática? De acuerdo al cuadro 9, habría dos tendencias fuertes. Más positiva es la evaluación de los cambios y mayor sería la adhesión al régimen democrático. A la inversa, quienes consideran que “las cosas siguen iguales” tienden a exhibir una mayor indiferencia. Me parece que estamos ante una doble desvinculación. Por una parte, estas personas no estarían considerando “todos estos cambios” como algo suyo. No han elegido los cambios que están viviendo y, a la vez, sienten que la democracia no cambió lo que debería haber cambiado. Esta gente se siente ajena al proceso social porque, por otra parte, no se siente ciudadana. No se percibe como partícipe de una democracia; o sea de un proceso de decisión acerca del rumbo de los cambios. Por lo tanto, dichas personas no descubren una relación entre la marcha del país y su vida diaria. Su distancia en relación a la transformación social va de la mano con su desafección política.

Cuadro 9

Evaluación de los cambios, según adhesión democrática

Los cambios Régimen política	Tienen dirección	No tienen destino	Cosas siguen iguales	Total
Democracia preferible	65	47	39	45
Gobierno autoritario	11	21	19	18
Indiferencia	20	28	38	32
NS / NR	4	4	4	5
Total	100	100	100	100

A raíz de las tendencias descritas, solicito prestar más atención al arraigo de la democracia en las experiencias cotidianas. En especial, la indiferencia parecería nacer y alimentarse de la vida diaria de la gente. Es probable que los ciudadanos vean la democracia en función de sus condiciones de vida y se pregunten: ¿me ayuda la democracia a encontrar un sentido (objetivo) que justifique mis esfuerzos y sacrificios? Asumiendo este punto de vista, la definición minimalista de la democracia aporta poco. Más bien, cabe interrogar a la democracia acaso ella contribuye a la producción de sentidos sociales. Por un lado, producir sentidos que permitan articular la diversidad de experiencias individuales en una identidad colectiva. O sea, un imaginario social en el cual las personas puedan reconocerse a sí mismas en sus diversas vivencias. Por el otro, producir sentidos que sirvan de mediación entre la vida individual y las dinámicas de los sistemas funcionales. Suponiendo que la elaboración de tales “sentidos comunes” sería una de las tareas de la deliberación democrática, el déficit de nuestra democracia es notorio. Su funcionamiento institucional puede ser satisfactorio, mientras que su aporte a la construcción de significaciones comunes resulta limitado. Me atrevo a concluir que la desafección de ciertos ciudadanos responde a ese déficit cultural de la democracia. Tienden a considerar insignificante a la democracia en tanto ella no ayuda a encontrarle significación a su vida cotidiana.

3. La debilidad del Nosotros

De ser plausible la interpretación propuesta, adelanto la siguiente hipótesis acerca del desarraigo de la democracia. La tendencia de tantos chilenos a sentirse ajenos a los cambios y a no comprometerse con el régimen democrático tendría que ver con la debilidad del Nosotros. Estos ciudadanos no alcanzan a vivir los cambios como algo “nuestro” porque no habría ni una experiencia práctica ni un imaginario del Nosotros que les permita sentirse parte de un sujeto colectivo. La indiferencia reflejaría un desarraigo cultural de la democracia.

El Nosotros se constituye mediante las vivencias concretas y las representaciones sociales de una convivencia colectiva. Por un lado, las maneras prácticas en que la gente convive conforman la experiencia con la cual se van elaborando y modificando los imaginarios colectivos acerca de la vida social. Si los lazos de convivencia se vuelven más tenues, es probable que las representaciones de sociedad sean también más difusas. Por otro lado, de los imaginarios de sociedad que existan en determinado momento dependerá la forma en que las personas interpreten y organicen sus relaciones entre sí. Cuando no existe una imagen fuerte del Nosotros, será difícil que las personas

vivan lo social como algo efectivamente “nuestro”. Lo vivirán más bien como una dolorosa experiencia de exclusión y soledad.

En los últimos veinte, treinta años Chile está viviendo un profundo cambio cultural. Los chilenos perciben que su modo de convivir ha cambiado, aun cuando muchos cambios sean sigilosos e imperceptibles en el diario vivir. Pero no caben dudas acerca de los impactos que tienen ciertas tendencias macro-sociales. Me limito a recordar algunas. Es sabido, por ejemplo, cómo la globalización modifica hábitos tradicionales como las costumbres alimenticias (*fast food*). Ella altera no sólo determinadas prácticas, sino también nuestros mapas mentales. La globalización cambia nuestra imaginación porque pone en entredicho tanto la vivencia del espacio (dentro/fuera) como del tiempo (simultáneo en lugar de antes/después). Otro ejemplo es la enorme expansión del mercado. El advenimiento de una “sociedad de mercado” destruye viejas formas de convivencia porque introduce criterios de mercado (competencia, productividad) en las relaciones sociales. Dichos criterios regulan no sólo las conductas, sino que afectan asimismo nuestros imaginarios. La famosa “libertad de elegir” va más allá de la economía y trasunta en la flexibilización de las relaciones de pareja o las costumbres sexuales.

Otro cambio que apenas registramos es el acceso masivo a la televisión y sus efectos sobre la organización de la vida cotidiana. La televisión favorece la retirada al mundo privado a la vez que significa también una transformación del espacio público. Por su influencia en la conformación de la agenda pública, ella pone a discusión los principales temas de la convivencia. No se trata empero, de un planteo “objetivo” de los asuntos de interés general. La televisión favorece una “construcción visual de la realidad” (Martin Barbero) que tiende a difuminar los límites entre lo real y lo imaginario al mismo tiempo que fomenta una estetización generalizada. El protagonismo de los criterios estéticos señala un desplazamiento del eje de la vida social desde el trabajo al consumo. Una “cultura del consumo” ofrece innumerables materiales para la auto-determinación de “sí mismo” y el disfrute de la individualidad. Y esa escenificación de “estilos de vida” desplaza a las antiguas identidades colectivas asociadas al trabajo y la fábrica. Bastarán estos ejemplos para ilustrar cómo han cambiado nuestras maneras de vivir juntos y, junto con ellas, algunas ideas que nos hacemos acerca de la sociedad.

4. Una débil experiencia práctica del Nosotros

A la par que cambian las estructuras de la convivencia social, se transforma el mundo personal de la gente. Característica sobresaliente es el acelerado proceso de individualización. Las personas se despegan de los valores y lazos tradicionales y definen por su propia cuenta y riesgo qué quieren ser y hacer. Este magnífico proceso de emancipación no es un acto solitario; depende de los recursos (educación, trabajo, etc.) que pone a disposición la sociedad. No hay individuo, ningún Robinson Crusoe, al margen de la vida social. En muchos casos, sin embargo, la individualización se frustra. Ya vimos arriba que la mitad de los entrevistados tiene la sensación de no controlar el rumbo de su vida. A menor nivel socioeconómico de la persona, más probable es su dependencia de factores externos. Ello crea un sentimiento de impotencia. La gente se siente a la merced de un proceso que ni entiende ni logra moldear. De hecho, seis de cada diez entrevistados piensan que el mundo actual es más difícil de entender que el de sus padres.

Cuadro 10

Auto-determinación individual, según estrato social

Mirando el rumbo que ha tomado su vida, usted cree que ese rumbo ha sido principalmente el resultado de...

	Medio alto	Medio medio	Medio bajo	Bajo	Total
Sus decisiones personales	65	54	46	35	44
Circunstancias que le ha tocado vivir	33	43	53	64	55
NS / NR	2	3	1	1	1
Total	100	100	100	100	100

Con frecuencia la individualización es vivida no como emancipación de viejas trabas, sino como una presión a tener que decidir asuntos, sin contar con los recursos necesarios. Las situaciones de estrés y agobio se multiplican si, además, las personas carecen de redes sociales y referentes colectivos. En tales circunstancias, ellas tienden a percibir y vivir a la sociedad como una especie de "máquina" devoradora de hombres. La realidad cotidiana se vuelve tan poderosa y avasalladora que la lucha por sobrevivir empuja al individuo a replegarse al mundo privado. Frustrado en su esfuerzo de individualización, el individuo se retira de la vida social. El Yo encuentra en la familia su último refugio. De ahí la gran importancia de la familia. Pero ahora, a diferencia de antaño, ella adquiere otra significación. Como nos indica el siguiente cuadro, en muchos casos, la familia toma el lugar de la sociedad.

Cuadro 11

Instancias de mediación social, según grado de individuación

¿En qué momento se siente Ud. más parte de la sociedad en que vive?

	Individualización		Total
	Baja	Alta	
Cuando está con su familia	47	38	42
Trabajando / estudiando	22	31	27
Habla de lo que pasa en el país	17	18	17
Ve televisión / escucha radio	7	6	6
Con sus amigos	5	6	6
NS / NR	2	1	2
Total	100	100	100

Es dable suponer que la retracción al mundo privado dificulta experimentar lo social. Cuando los lazos sociales tienden a volverse hilos delgados, la idea de un Nosotros como sujeto colectivo deja de ser verosímil. El distanciamiento del individuo es acentuado por una marcada desconfianza social. En Chile como en otras sociedades latinoamericanas, la gran mayoría de la gente no suele confiar en el otro extraño. Por lo tanto, le cuesta trabar relaciones de sociabilidad y solidaridad en su diario quehacer. Estas dificultades prácticas son a la vez causa y resultado de la debilidad que exhiben los imaginarios colectivos. El siguiente cuadro permite apreciar la asociación entre confianza

social y adhesión democrática. Es difícil que las personas se asocien y organicen si no sienten que comparten “algo” en común. Pero, ¿cómo elaborar una imagen de Nosotros si no han hecho la experiencia concreta de relaciones de confianza y cooperación?

Cuadro 12

Confianza social, según adhesión democrática

	Democracia preferible	Gobierno autoritario	Indiferencia	Total
Se puede confiar en las personas	33	20	15	24
No se puede confiar en las personas	65	79	83	74
NS / NR	2	1	2	2
Total	100	100	100	100

6. Un débil imaginario del Nosotros

El Nosotros puede tener alcances muy distintos. Me limitaré a tres imágenes del Nosotros por intermedio de las cuales la sociedad en su conjunto puede reconocerse en tanto tal. Históricamente, en nuestros países el imaginario colectivo se constituye en torno al estado. El sintetiza las formas de convivencia y, por ende, la imagen del Nosotros. El imaginario estatal tuvo un fuerte anclaje en la experiencia diaria de la gente (escuela pública, salud pública). La re-organización de la economía (tanto la privatización de los servicios públicos como la globalización) redujo no sólo las bases materiales de ese Nosotros, sino que barrió con el discurso del estado que le daba nombre. Reducido a la gestión pública, el estado ya no encarna el reconocimiento y la protección de un Nosotros del cual todo ciudadano se sienta partícipe. La dimensión simbólica del estado se desvanece. El debilitamiento del imaginario estatal es acentuado por la erosión de la imagen de nación.

El deterioro de la comunidad del Nosotros se aprecia en la fragilidad de la identidad nacional. Más de la mitad de los entrevistados no se identificaría con “lo chileno”. Ellos se sentirán chilenos en ciertas ocasiones, desde luego, pero lo nacional tiende a ser una auto-imagen vaciada de contenido. Acorde a esos datos, la nación no representaría un imaginario colectivo con fuerza suficiente para orientar acciones colectivas. Las razones de esa debilidad son múltiples. Una de ellas es el quiebre de la comunidad nacional durante la dictadura. Esas divisiones perduran, en el ámbito cotidiano, durante la transición democrática. Una memoria cautelosa, casi temerosa, no logra recuperar las huellas del pasado en el presente. Sin historia empero, es difícil generar los sentimientos de continuidad temporal, arraigo social y pertenencia afectiva que configuran la identidad nacional. Al no hacer memoria(s) colectiva(s), tampoco hay manera de imaginar y de narrar el Nosotros. El “olvido evasivo” pone entre paréntesis el pasado a la vez que el “Nosotros los chilenos”.

Más influyentes empero, podrían resultar algunas experiencias actuales. La gente añora quizás la imagen armónica y festiva de lo chileno que transmiten los íconos de “la chilenidad”, pero sabe que las maneras concretas de convivir son muy distintas hoy en día. En el día a día, sus relaciones con los demás son una lucha competitiva. Reina el afán de ganar o, por lo menos, de no quedarse atrás. De cara a la frecuente experiencia

(real o temida) de exclusión social, el Nosotros se difumina. Todos aquellos que no se sienten reconocidos, acogidos y protegidos por la sociedad, ¿por qué habrían de identificarse con la nación? De hecho, aquellas personas que no le ven sentido a los cambios suelen mostrarse más distanciados respecto a lo chileno.

Cuadro 13

Imagen de lo chileno, según evaluación de los cambios

	Tienen dirección	No tienen dirección	Cosas siguen igual	Total
Lo chileno está en nuestras costumbres	55	42	37	42
Difícil decir qué es chileno	27	32	26	28
No se puede hablar de lo chileno	18	26	37	30
Total	100	100	100	100

Ahora bien, nos encontramos en una “constelación pos-nacional” (Habermas), donde el Nosotros ve debilitado sus anclajes en la realidad nacional. Pero cabe preguntarse acaso la democracia no cumpliría ese papel de imaginario colectivo capaz de sintetizar la diversidad de relaciones sociales. ¿Es la referencia a un “nosotros los ciudadanos” la que motiva, en definitiva, el compromiso y la solidaridad que guarda cada cual con la existencia de la comunidad y el bienestar de sus miembros? El siguiente cuadro muestra el arraigo que tendrían distintas imágenes de la democracia.

Cuadro 14

Imágenes de la democracia

Si tuviera que explicar a un niño lo que es la democracia en Chile ¿cuál de los siguientes ejemplos utilizaría?

Un juego de azar donde muchos juegan y pocos ganan	35
Un partido de fútbol donde se trata de ganar, pero con reglas de juego iguales para todos	24
Un barco donde todos –de capitán a marinero- colaboran	22
Un supermercado donde cada uno saca lo que necesita	14
NS / NR	5
Total	100

La democracia representaría un imaginario del Nosotros para una proporción importante de la muestra (46%) que se pronuncia a favor de una visión “procedimental” o “consensual”. Para la otra mitad de los entrevistados, en cambio, la democracia no transmite una experiencia de Nosotros. La imagen “elitista” o “consumista” denota más bien una experiencia individualista. Nótese que el imaginario democrático tendría un arraigo similar a la imagen de “lo chileno”. Aún más, aquellas personas que se reconocen en el imaginario nacional suelen orientarse asimismo por un imaginario democrático.

Cuadro 15

Imagen de la democracia según imagen de lo chileno

	Supermercado	Barco	Reglas iguales	Juego azar	Total
Lo chileno existe	39	49	46	35	42
Difícil decir qué es	25	28	25	31	28
No se puede hablar	36	23	29	34	30
Total	100	100	100	100	100

De lo anterior concluyo que los imaginarios colectivos de nación y democracia parecen ser válidos sólo para aquel grupo de individuos que se sienten integrados a la vida social y política. En cambio, quienes se sienten excluidos de la convivencia tienden a desconocer el Nosotros nacional y ciudadano. Es lo que parece ratificar el próximo cuadro. Buena parte de los “perdedores” (que conforman la mitad de la muestra) tiende a exhibir una imagen “cínica” de la democracia.

Cuadro 16

Imagen de la democracia según auto-imagen

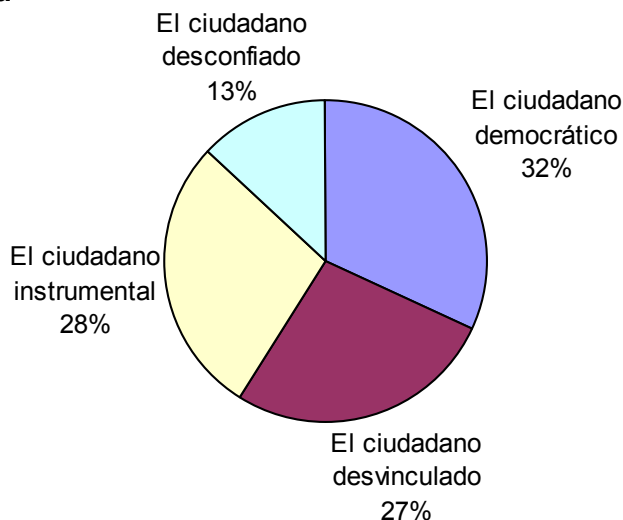
	Supermercado	Barco	Reglas iguales	Juego azar	Total
Ganador	37	45	41	34	38
Perdedor	56	44	48	59	52
NS / NR	7	11	11	7	10
Total	100	100	100	100	100

En resumidas cuentas, la democracia tendría un arraigo limitado como imaginario del Nosotros. En muchos casos, las experiencias cotidianas de los ciudadanos son contrarias a la idea democrática. Más que la situación estrictamente económica, serían las vivencias subjetivas las que restan credibilidad a un imaginario del Nosotros. Pero existiría asimismo la relación inversa. Quienes se hacen una idea “cínica” de la democracia no se perciben a si mismos como ciudadanos. No se imaginan participando de un sujeto colectivo que moldea las maneras en que vivimos juntos. Su imaginario les permite ver solamente la situación de abandono e impotencia, no las oportunidades de combatirla.

7. La dimensión cultural de la ciudadanía

Un enfoque complementario al anterior consiste en re-construir los diversos tipos de ciudadanía y analizar las respectivas relaciones con determinados rasgos de la convivencia. El análisis multivariado de tres variables referidas al ámbito político (adhesión democrática, imagen de democracia y visión de la participación política), arroja cuatro grupos de individuos.

Tipos de ciudadanía



Sólo a modo de una primera caracterización de los distintos tipos de ciudadanos, veamos la distribución de un componente (adhesión democrática) de la tipología.

Cuadro 17
Imagen de la democracia y adhesión a la democracia

	C i u d a d a n o				Total
	Democrático	Desconfiado	Instrumental	Desvinculado	
Democracia preferible	84	32	35	17	45
Gobierno autoritario	8	57	5	27	18
Indiferencia	3	6	56	54	32
NS / NR	5	5	4	2	5
Total	100	100	100	100	100

Para iluminar algo mejor sus perfiles, destaco algunas referencias. Un tercio de los ciudadanos serían propiamente democráticos por sus prácticas y visiones políticas. A este grupo pertenecen las personas de estrato medio y medio-alto, con más vínculos sociales y una visión de futuro. También las personas más individualizadas y, en menor medida, quienes se perciben como ganadores. La indiferencia es característica de los ciudadanos “instrumentales” y “desvinculados” que, en conjunto, reúnen al 55% de la muestra. Los integrantes de ambos grupos suelen ser de estrato bajo o medio-bajo, cuyo horizonte es la familia. En general, ellos no le ven sentido a los cambios y piensan que las cosas siguen iguales. Pero hay una distinción crucial. El ciudadano instrumental desconfía de la política; sin embargo, participa en su comunidad local. Además, se caracteriza por el “desajuste” entre un estrato social bajo y su auto-imagen de “ganador”. En cambio, el ciudadano desvinculado se siente doblemente excluido: del sistema económico y de la sociedad. Y un fuerte sentimiento de impotencia lo lleva a sentirse al margen de la democracia. Habría una ruptura con el mundo social. Por último, el imaginario de los

“ciudadanos desconfiados” se caracteriza por otro “desajuste”: siendo personas de nivel socioeconómico medio, al mismo tiempo, suelen exhibir una auto-imagen de “perdedor”. A pesar de su situación “objetiva”, piensan haber perdido; están confundidos en relación a los cambios ocurridos e inseguros respecto al sistema económico.

Cuadro 18
Tipos de ciudadanía, según estrato social

Ciudadano	Medio alto	Medio medio	Medio bajo	Bajo	Total
Democrático	51	43	31	25	32
Desconfiado	18	19	13	11	13
Instrumental	18	15	29	34	28
Desvinculado	13	23	27	30	27

Como era de esperar, los distintos tipos de ciudadanos tienen una visión distinta acerca de la marcha de los cambios sociales. Así y todo, presento el siguiente cuadro porque ayuda a circunscribir al “ciudadano desconfiado”.

Cuadro 19
Tipos de ciudadanía, según evaluación de los cambios

Ciudadano \ Cambios	Democrático	Desconfiado	Instrumental	Desvinculado	Total
Dirección clara	21	11	12	9	14
No tienen destino	34	39	33	33	34
Cosas siguen iguales	43	48	53	56	50
NS / NR	2	2	2	2	2
Total	100	100	100	100	100

Una vez descritos los diversos tipos de ciudadanos, cabe preguntarse si su perfil político guarda correspondencia con determinadas formas de convivencia social. Dos indicadores de las maneras de convivir son la confianza social y la amistad. El siguiente cuadro indica que la ciudadanía instrumental y la desvinculada suelen estar asociadas a una sociabilidad débil. Por el contrario, una proporción mayor de “ciudadanos democráticos” suelen disponer de redes sociales.

Cuadro 20

Tipos de ciudadanía y disposición a la convivencia

	Democrático	Desconfiado	Instrumental	Desvinculado	Total
Confianza social	37	24	19	15	24
Desconfianza social	60	74	79	83	74
Muchos amigos	22	21	20	19	20
Pocos amigos	50	43	41	38	43
No tiene amigos	27	35	39	43	36

Un ejercicio final consiste en revisar la relación entre los diversos tipos de ciudadanía y determinadas características de una convivencia democrática. Veamos antes las cuatro variables. En el primer bloque del cuadro 21 se observa la disposición a considerar la diversidad social como favorable al desarrollo del país. Apenas la mitad de los entrevistados valora positivamente la diferencia de intereses y opiniones. Desde otro ángulo, el segundo bloque indica su auto-confianza para sostener una diferencia de opiniones. Reiterando resultados anteriores, es notorio el miedo al conflicto. La idea de democracia como institucionalización de los conflictos no influye en la gran mayoría de los entrevistados. En el tercer grupo, se enfoca el marco temporal de los ciudadanos. Dos tercios de ellos parecen tener un horizonte de futuro que les permite conceder plazos más largos a la acción política. Por último, he añadido la relación con los “sentimientos económicos” para revisar la desvinculación afectiva de los ciudadanos.

Cuadro 21

Tipos de ciudadanía, según apoyo a la diversidad social, confianza en el manejo de conflictos, perspectiva de futuro y emociones frente al sistema económico.

Ciudadano Es mejor para desarrollo del país	Democrático	Desconfiado	Instrumental	Desvinculado	Total
Intereses comunes	37	39	52	49	45
Intereses diferentes	60	59	46	48	52
Asumir conflictos	33	36	22	23	28
Evitar conflictos	64	62	76	75	70
Soluciones necesitan tiempo	73	60	66	63	66
Soluciones urgentes	25	38	34	36	32
Emociones negativas	67	78	72	83	74
Emociones positivas	29	20	25	14	23

Una rápida comparación de los distintos tipos de ciudadanía indica dos tendencias. Primero, salta a la vista el perfil consistente de los dos tipos extremos. El ciudadano

democrático (32%) suele llevar un estilo de convivencia que obedece a reglas acordes al juego democrático, mientras que el ciudadano desvinculado (27%) se muestra contrario en cada uno de los cuatro aspectos analizados. Segundo, los dos tipos que exhiben “desajustes” entre situación económica y auto-percepción, suelen mostrar asimismo un perfil menos coherente. El ciudadano desconfiado (13%) tiende a asumir la diversidad y la conflictividad de la democracia. Sin embargo, vive en lo inmediato y con sentimientos negativos. Su ansiedad e inseguridad podrían ser el motivo de su inclinación por un gobierno autoritario. Por su parte, el ciudadano instrumental (28%) presenta el perfil inverso. Teme la diversidad social y los conflictos, pero dispone de un horizonte temporal más amplio y suele tener emociones más positivas.

En suma, un tercio, o sea una proporción significativa de individuos son demócratas. ¿Y los demás? ¿Qué hacer para arraigar al régimen democrático entre los dos tercios de los entrevistados que se muestran distantes? Cabe distinguir dos grupos. En primer lugar, el “ciudadano desvinculado”. Uno de cada cuatro entrevistados exhibe una desafección completa. Exhibe no sólo indiferencia política, sino que manifiesta similar desvinculación afectiva en su convivencia diaria. De los datos disponibles no se desprende una línea de acción para hacer frente a esa retracción “dura”. Diferente es el segundo caso del “ciudadano desconfiado” y del “ciudadano instrumental”. Es probable que su participación en el proceso democrático se viera facilitada si tuvieran otra experiencia social. Por ejemplo, podría aumentar la adhesión democrática del “ciudadano desconfiado” si se lograra disminuir su ansiedad por una urgente solución de sus problemas. Y en el caso del “ciudadano instrumental”, probablemente el sea más favorable al juego democrático si confiara más en sus capacidades de manejar eventuales conflictos. Entonces descubriría en la pluralidad de la democracia más una oportunidad que una amenaza. Menciono estos ejemplos no sólo para subrayar el arraigo de la democracia en la convivencia diaria de la gente, sino para indicar asimismo las posibilidades de reforzar – a partir de esas experiencias cotidianas – la participación ciudadana.